

Diálogo con Mario Kaplún

Reinterpretar los fenómenos de la recepción desde una perspectiva crítica

Maurice Brunner

No hace falta presentarlo a los lectores habituales de la Revista Comunicación. Quizás sí refrescar la memoria de los más jóvenes. De nacionalidad uruguaya, latinoamericano de corazón, Mario Kaplún ha sido siempre comunicador integral y, además y sobre todo, maestro de comunicadores. Honestidad intelectual y tesón en el compromiso son dos de sus cualidades. América Latina toda lo conoce por sus aportes metodológicos en el campo de la comunicación educativa y popular, concretamente en la formación de receptores críticos y en el uso alternativo y grupal de los medios. Profundamente inspiradoras son sus obras Producción de programas de radio, El comunicador popular y la más reciente A la educación por la comunicación. Hasta 1984 vivió y trabajó varios años en Venezuela. Nos ha vuelto a visitar ahora, sólo por unos días. Hemos aprovechado la ocasión para entrevistarlo.



TESTIGO DE FIN DE SIGLO

Me ha parecido que una buena manera de iniciar este diálogo entre ambos y con nuestros lectores, muchos de los cuales posiblemente han perdido la pista de tu quehacer desde que en 1984 pudiste finalmente retornar a tu querido Uruguay, es preguntándote: ¿Cómo sientes e interpretas este fin de siglo en que nos está tocando vivir? Tú que has sido testigo sensible del proceso histórico de América Latina en los últimos 50 años: ¿Qué balance haces de esta etapa final del milenio?

Si me tengo que referir a este fin de siglo, mi balance está lleno de congoja. Este avasallante impulso del neoliberalismo, la entronización del mercado como referente prácticamente único de las economías y de toda la estructura

social, nos está llevando, desde el punto de vista de los que abrazamos la causa popular, a una situación signada sobre todo por la exclusión de las grandes mayorías. Este es un momento de descreimiento, de desesperanza, en el que el proyecto de una sociedad auténticamente democrática está en profundo repliegue. El fuerte avance de la línea de pobreza y de tantas otras formas de marginación económica, social y cultural camina paralelo con el retroceso que también sufre el proyecto de una comunicación genuinamente democrática.

Quienes les conocemos, a ti y a tu compañera de vida y luchas Ana Hirsz, solemos destacar y valorizar la considerable apertura, flexibilidad y creatividad que ambos mantienen ante los fuertes cambios y los datos nuevos que la realidad actual nos presenta. Además, se aprecian en ustedes otras meritorias actitudes vitales como la constante búsqueda de congruencia entre pensamiento y acción, que en su caso marcha además unida a la fidelidad a un conjunto de convicciones y valores que tanto su vida como su obra reflejan con nitidez. En esta etapa de tu trayectoria y necesitados como muchos estamos de certidumbres existenciales en este incierto y pragmatista fin de siglo: ¿Qué es para ti lo permanente, lo innegociable, y qué es lo que se puede o hasta se debe mantener en la esfera de lo sustituible y transable?

Ante una pregunta como ésta, que es bien difícil de responder, te diría que lo permanente para mí se ubica en el plano de los valores. Lo persistente, lo que me parece cada vez más irrenunciable es el proyecto de una sociedad humana y humanizadora. Es a esto a lo que -cuando antes te hablaba de repliegue y retroceso- precisamente quería referirme: vivimos una etapa de profundo descaecimiento de esos valores. Pero el problema actual no es sólo que se desestime su importancia, sino que corrientes como las postmodernistas lleguen incluso a poner en duda su existencia misma. Bajo el rótulo de la muerte de los grandes relatos lo que realmente se está tratando de ahogar y de extinguir es la idea de un proyecto humano y humanizador basado justamente en los valores a los que aludía. En cuanto a lo sustituible, lo cambiante, me parece que todavía hay mucho por hacer en el plano de unas nuevas construcciones culturales; en el sentido de una mayor apertura al otro, a la diversidad; en esto sí creo que nos faltaba mucho en nuestros primeros planteamientos, en los que apenas esbozábamos la idea de cultura en cuanto pluralidad y diversidad. Ahora en cambio creo que esta idea está empezando a cobrar fuerza. Pero una diversidad que no puede ser la negación de lo universal, o la negación de los valores permanentes, sino al con-

trario, una diversidad que enriquezca esa visión de los valores.

En estos tiempos de cuestionamiento y crisis de las utopías que a muchos nos servían de horizonte político y existencial; en esta coyuntura en la que la brecha entre lo posible y lo deseable para las mayorías excluidas es cada vez más grande y aparentemente irrellenable, el pragmatismo resignado surge como una tentación difícil de resistir y cuestionar, incluso desde un enfoque estrictamente moral. Sin entrar a examinar y discutir las motivaciones de fondo -diversas y contradictorias- de quienes han terminado por adoptar tal actitud existencial, la verdad es que uno se topa con lógicas justificatorias, a veces hasta bien intencionadas, cuya refutación resulta difícil tanto desde un punto de vista estrictamente racional como desde el ángulo del más elemental sentimiento de compasión con los perdedores de este nuevo orden global. ¿Será que en el fondo es cierto que al persistir en la defensa radical de valores como la solidaridad social, el desinterés, la justicia y la razón, en realidad nos estamos colocando de espaldas a los verdaderos intereses y necesidades de las mayorías?

En tu pregunta aludes a la dificultad de defender argumentaciones de esa índole racionalmente, y tienes toda la razón. Cualquier respuesta que yo te diera poco les diría a quienes adoptan esa posición. Un debate puramente racional tratando de demostrar con datos empíricos o fácticos nuestra opción, de poco serviría. Yo aquí me remitiría a decir que en estos temas un dato iluminador es el que aporta Juan Luis Segundo cuando habla de una fe antropológica, que es previa a toda fe codificada o estructurada en algún credo. Yo sólo puedo contestarte a esta pregunta desde esa fe antropológica y decirte que creo que tenemos razones para estar firmes en nuestra opción por la humanización de los seres humanos. Pero no puedo demostrarlo, ni creo que nadie pueda, pues en realidad éstas son opciones de fe. Aunque te repito, no estoy hablando de una fe en una determinada creencia, sino de eso previo que es la fe en la trascendencia del ser humano en cuanto tal. De modo que soy consciente de que no estoy respondiendo en la perspectiva que tu pregunta plantea, pero no puedo responder a ella sino a partir de esta dimensión.

VIGENCIA DEL PROYECTO POPULAR/ALTERNATIVO

En el mismo sentido valorativo en el que venimos hablando, me gustaría que ofrecieras a nuestros lectores tus consideraciones acerca de la situación

del Proyecto Latinoamericano de Comunicación y Educación Popular o Alternativa, al cual hiciste tantas aportaciones durante tu permanencia en nuestro país. Tomando en cuenta que algunas voces en el continente han señalado severas críticas a dicho proyecto al punto incluso de cuestionar su pertinencia: ¿Cómo evalúas su alcance y resultados? ¿Sigue teniendo vigencia? ¿Debe ser reformulado o simplemente sustituido por un nuevo enfoque? ¿Qué se mantiene firme de él y sobre cuáles aspectos habría que plantear cambios de fondo?

Es una pregunta bastante grande y compleja para una entrevista. Yo te diría, en primer lugar, que hay algo que permanece: la opción por los pobres; eso sí me parece irrenunciable. Las formas concretas que toma esta opción, esta propuesta, pueden variar muchísimo; yo mismo podría comentarte a lo largo de esta entrevista en qué etapa me encuentro en este sentido. Pero si miramos el proyecto en la instrumentación real que ha tenido, estoy de acuerdo en que hay mucho por revisar y cambiar. Las circunstancias mismas en las que se inició y desarrolló han cambiado fuertemente. Las redes de comunicación también han tomado otras formas. Pero si volvemos a lo esencial, es decir, a las formas en que desde la comunicación nos insertábamos en un proyecto de transformación humanizadora y liberadora de la sociedad, creo que el proyecto sigue totalmente vigente.

Desde la perspectiva concreta de la comunicación el planteamiento central del proyecto popular era que los que desde siempre no habían tenido voz pudieran llegar a tenerla. ¿Cuál es la vigencia y pertinencia de este propósito?

Bueno, esto que planteas me permite

dar un salto y pasar a aquello que en este momento me está interesando más. Me parece que la forma de explicarlo mejor es precisamente viéndolo que había en aquel proyecto inicial que, en mí al menos, fue tomando cada vez más dimensión: la idea de la autoexpresión. De todos aquellos planteamientos iniciales este es uno de los que en mi opinión mantiene más vigencia. Yo recuerdo que hace ya varios años, cuando en un artículo publicado en la revista *Chasqui* me tocó defender el proyecto de comunicación popular, dije algo que luego se hizo cada vez más vigente en mí: que la comunicación popular era una gran escuela de participación. Y aunque las formas varían, eso es lo que todavía - y con más razón ahora- para mí sigue siendo central. Explico por qué: cuando regresé al Uruguay e ingresé como docente a la Universidad Nacional -y ésas son las vueltas de la vida que ayudan- ya no podía yo plantear en términos de formación universitaria la idea de la comunicación popular. Primero porque este concepto no entraba en ninguna estructura académica. Segundo porque en ese contexto nadie me hubiera entendido. Y en tercer lugar porque ya para aquel momento yo mismo creía que lo que había que asumir en la docencia era algo más amplio, que abarcara el proyecto de comunicación popular, pero que tuviera también otras aristas y otro marco teórico. Fue entonces cuando comencé a profundizar en el concepto de Comunicación Educativa. Y esto no con la idea de simplemente camuflar y hacer aceptable en el medio universitario el concepto de comunicación popular, sino porque me pareció que era legítimo hacer eso si queríamos dotarlo de un marco teórico más sólido. Sin embargo, el dato básico del que yo partía era el del desarrollo de la expresión, el mismo que la comunicación popular estaba tratando de plantear y de favorecer desde sus inicios. En ese proceso fui constatando cómo todo el sistema educativo estaba cada vez más alejado del desarrollo de la capacidad de expresión. Si en algo nuestros sistemas de enseñanza no sólo se han estancado y mostrado pocos avances, sino que incluso han retrocedido, es en dotar a los seres humanos de instrumentos para la expresión y la comunicación. Todo lo que he trabajado desde entonces va en esa dirección. Finalmente he adoptado una expresión que tomé de Habermas (aunque él le da otra significación y otra proyección política), la expresión de competencia comunicativa. Y en esto, otra vez, la comunicación popular, entre otras cosas que pretendía, incluía con mucha fuerza la idea no tanto de darle voz a quien no la tenía, sino de que la gente adquiriera la capacidad de participar comunicativamente. Esto es lo que ahora se me ha presentado como lo global desde lo cual estoy trabajando.



Ahora bien, Mario, cuando antes hice referencia a ciertas voces que han cuestionado o planteado la necesidad de revisar el proyecto de educación y comunicación popular, me parece claro que, en todo caso, no lo han hecho desde la posición que tú asumes ni por las mismas necesidades y motivos que expones, sino que lo han atacado por aspectos tales como el contenido de clase que ciertamente llevaba implícito. Aunque en lo personal no tengo inconveniente en admitir la pertinencia de formas de asociatividad y acción fundadas en otros sujetos sociales, yo francamente no veo en la realidad actual razones para dejar de lado el análisis y la acción de clase, sino todo lo contrario...

Estoy de acuerdo. Una de las trampas que el sistema de análisis que tenemos frente a nosotros nos ha tendido, es el de pretender hacernos creer -y algunos colegas así lo sostienen- que a partir de la cultura de masas las clases sociales han dejado de existir. Y así lo afirman explícitamente. En mi opinión, la realidad nos está mostrando exactamente lo contrario.

En este mismo orden de ideas, recientemente se vienen expresando tendencias que, basadas en críticas no siempre muy claras y explícitas a los procesos de educación, comunicación y organización populares-alternativos en curso en nuestro continente desde la década del 70, proponen la adopción de nuevos conceptos y prácticas basadas en otros sujetos, y en enfoques o énfasis cualitativamente diferentes. Me refiero a las proposiciones de quienes plantean la sustitución del enfoque «popular», «alternativo» o «de base» que venía calificando a nuestros proyectos y prácticas, por otro basado en los así llamados «nuevos paradigmas», que incluyen conceptos tales como «públicos», «ciudadanía», «comunicación comunitaria», «las ONG», «educación ciudadana», todos ellos correlativos a un concepto de «sociedad civil» en mi opinión bastante ambiguo. Más allá de la estricta semántica: ¿Qué opinión te merecen estos planteamientos?

Yo englobo todas estas nuevas expresiones en lo que te he venido refiriendo desde el comienzo de la entrevista. Y es justamente frente a este tipo de planteamientos donde ciertamente surge el desafío de no cerrarse o anquilosarse, pero también la necesidad de reafirmarse en aquello que creo que tiene ser reafirmado, lo cual en mi caso no creo que responda exclusivamente a las opciones existenciales que uno ha hecho, sino a la realidad misma, la cual nos está diciendo a gritos que aquel análisis social que sosteníamos lamentablemente se ve cada vez más confirmado y reafirmado en sus rasgos esenciales.

A LA EDUCACIÓN POR LA COMUNICACIÓN

Adentrándonos un poco más en el campo de la comunicación, o más precisamente en el de la relación entre comunicación y educación en la que tanto has venido insistiendo en tus últimos aportes, me gustaría que ahora compartieras con nuestros lectores qué es lo que actualmente te viene preocupando y ocupando en este sentido.

Bueno, creo que antes me adelanté un poco a esta pregunta. Pero aunque el tema todavía sea un poco ajeno a la mayor parte de los comunicadores, creo que el modesto aporte que estoy intentando hacer es el de construir puentes entre lo comunicativo y lo educativo, que hasta ahora no he visto edificados. Por ejemplo, cómo es posible, cómo se justifica, que cuando estamos hablando de «ciencias» de la comunicación (o sea, que admitimos que la comunicación como tal no es una ciencia, sino una disciplina en la que confluyen un conjunto de ciencias), la pedagogía no ocupe ningún lugar entre las mismas. Me pregunto cómo es esto posible, especialmente si queremos hablar de una comunicación educativa. Un intento que estoy haciendo es sistematizar las teorías del aprendizaje desde el punto de vista de la comunicación. Aquí he comprobado que en la medida que avanzo en ese terreno encuentro puntos de confluencia muy sólidos, que sin embargo hasta ahora no tienen casi presencia en el mundo de la comunicación. En este sentido mi punto de partida ha sido Freinet, quien ha sido para mí un redescubrimiento deslumbrante. Digo redescubrimiento porque en realidad conocía los aportes de este autor desde hace bastante tiempo. Pero cuando comencé a releerlo desde el punto de vista de la comunicación fue cuando descubrí que había allí toda una visión de la comu-

nicación educativa sobre la que se podían construir propuestas nuevas. Podría hablar largamente de la propuesta de Freinet acerca de la red de periódicos escolares como un ejemplo que me aportó muchas luces al respecto. Luego, sin abandonar Freinet, sino justamente a partir de él, empecé a sumergirme en Piaget, en Vygotski y en Jerome Bruner, todos ellos exponentes de diferentes expresiones de la corriente constructivista de la educación. Así, especialmente en Vygotski, y después en Bruner, encontré todo un campo nuevo, donde la comunicación desempeña un papel central. Y todo esto que antes te decía acerca de la idea de la competencia comunicativa está de hecho basado en estos autores. Vygotski tiene un libro que los comunicadores deberían leer con suma atención llamado *Pensamiento y lenguaje*, el cual abre todo un campo epistemológico nuevo para pensar en una comunicación educativa con otras perspectivas.

Ahora, este enfoque de la competencia comunicativa al que antes aludías podría llegar a confirmar a algunos en la idea de que el análisis de clase ya no tiene vigencia. Me explico: si el problema es que la comunicación, la cultura, e incluso la educación masivas son en realidad las responsables centrales de la -por así llamarla- atrofia expresiva de la gente, lo serían para todos por igual y no solamente para un sector particular de la sociedad, por mayoritario que éste sea. Por otra parte, centrar exclusivamente el problema de la «incompetencia comunicativa» de las mayorías en este tipo de explicaciones podría equivaler a dejar de lado otras causas harto evidentes y demostradas, tales como la estructura de la propiedad de los medios vigente en nuestras sociedades.

No, al contrario. El enfoque de la competencia comunicacional no puede desestimar el análisis de clase porque si algo han puesto fuertemente en evidencia tanto los estudios pedagógicos como el análisis de los resultados de la educación formal en los últimos años, es la existencia de lo que los educadores llaman un *handicap* cultural entre los sectores dominados. Hay hechos muy claros al respecto. ¿Por qué, por ejemplo, hay tales grados de repitencia en los niños que provienen de los sectores más postergados? Porque les falta un escenario, un ambiente cultural que les permita manejarse en la educación. Reconocer esto -dicho sea de paso- no significa en absoluto negar la riqueza de la cultura popular. Pero además hay otro campo que no nos puede dejar de preocupar, que es el campo del poder. Y es que en cuanto tú te planteas el campo de la participación como un escenario donde está presente el poder, se presenta como un deber ineludible del comunicador educativo dotar a los sectores populares de las armas que están presentes en la comunica-



COMUNICACION

ción, en la expresión y el lenguaje. De modo que yo no creo que esté planteado un abandono del enfoque clasista al asumir el enfoque de la competencia comunicativa. Bourdieu es uno de los autores que en mi opinión mejor ha analizado sociológicamente lo que pasa con los niños a los que él llama los «quedados» del sistema, los condenados a «quedarse» sin avanzar en el sistema, justamente por carecer de esas competencias expresivas.

EL RECEPTOR MÁS ALLÁ DE GÉNEROS Y GRAMÁTICAS

Sabemos, por ejemplo, que tanto tu método de Lectura Crítica de Mensajes Masivos como el enfoque sobre los medios que a él subyace, recibieron en su momento diversos cuestionamientos, directos e indirectos, por parte de quienes, apoyados en teorías como la de «Usos y Gratificaciones» o en perspectivas como las de las «Mediaciones y Matrices Culturales», han propuesto métodos de educomunicación que se sintetizan en los llamados modelos de «recepción activa». Estos modelos, así como las teorías en las que se sustentan, desestiman por igual a los enfoques que se centran en el tema de la ideología y a los que plantean el problema de los efectos. Sin embargo, más allá de algunos sugerentes hallazgos y proposiciones que estas corrientes derivan de sus estudios del fenómeno de la recepción, me parece que, al menos en América Latina, permanecen aún sin respuesta los cuestionamientos que muchos continuamos haciendo a la (baja) calidad de las producciones y la programación de los medios masivos. ¿Cómo has procesado las críticas que desde esas perspectivas se le han hecho a tu método de Lectura Crítica y qué respuestas les tienes a la luz de tus incursiones en la investigación de los fenómenos de la recepción?

Esta pregunta da para hacer muchas puntualizaciones y no sé si te voy a poder contestar ordenadamente. Mis actuales reflexiones en torno a la Educación para los Medios, y saco de aquí deliberadamente a la Lectura Crítica, yo creo que le deben bastante a esas críticas. Porque lo que yo retomaría, lo que rescataría de esas nuevas posiciones, es que nos llamaron la atención sobre el receptor. Y lo que yo considero que quedó a mitad de camino en el método de Lectura Crítica es que no le prestaba suficiente atención al receptor y a su manera propia de relacionarse con los medios de comunicación. En ese sentido, yo creo que esos enfoques han sido un sano revulsivo y lo reconozco sin ningún tipo de ambages. Nos desafiaron, nos hicieron ver que había otros aspectos que nosotros no teníamos suficientemente en cuenta. Sin embargo, hasta allí llega

mi reconocimiento y a partir de ahí empieza mi distancia, porque eso no implica en modo alguno suscribir la leyenda de que los medios de comunicación de nuestros países están respondiendo a las necesidades objetivas y subjetivas de nuestras sociedades.

O que no sigan siendo poderosos vehículos de ideología y de visiones del mundo que responden, o que son funcionales, a los intereses de los sectores dominantes...

Claro, ciertamente lo son y cada vez con más éxito. Lo que sí te reitero es que esos planteamientos a mí personalmente me sirvieron para llevarme a pensar más en el receptor, a tratar de estudiarlo y comprenderlo mejor. Me fui haciendo consciente de que ahí había una zona no suficientemente explorada que entraba en contradicción incluso con toda nuestra concepción de la comunicación, la cual precisamente insiste siempre en la relación con un receptor y no exclusivamente



en el asunto del signo y su significado. Es por eso que ahora estoy muy abocado al estudio de la recepción, pero esto no me lleva a suscribir estas otras corrientes, sino a plantearme de otra manera la relación del receptor con el medio.

Y entonces: ¿cómo estás viendo ahora la relación del receptor con el medio?

Bueno, para eso me permito remitir a los lectores a un artículo que en Venezuela apareció recientemente publicado tanto en la Revista de Comunicación (Nº 91) como en el Anuario del ININCO-UCV (Nº 6), titulado *Ni impuesta ni amada: La recepción televisiva y sus tierras incógnitas*. Pero en todo caso quisiera retener lo siguiente: el enfoque que teníamos acerca de los medios masivos, del cual desprendíamos nuestro método de Lectura Crítica, estaba permanentemente pendiente de los signos ideológicos que el medio emitía. En esa medida desconocíamos bastante el fenómeno de la recepción. Pero no como lo señalan estas

nuevas teorías, según las cuales el receptor construye con ellas una nueva producción de sentidos. En eso creo muy poco. Pero lo que sí es cierto es que no atendíamos bastante las circunstancias vitales dentro de las cuales esa recepción se daba. Mientras que ahora -al menos yo- estoy incorporando este aspecto mucho más. Lo que estoy planteando en este momento es que me interesa conocer al televidente no sólo en cuanto televidente en el momento en que se sienta a ver TV, sino en toda su vida. Porque todas sus circunstancias vitales van a incidir -no a determinar, claro está- pero sí a incidir, en su manera de receptionar.

AVANCES EN LA PERCEPCIÓN CRÍTICA

Recuerdo que cuando hace ya algunos años discutamos contigo los presupuestos del método de Lectura Crítica de Mensajes Masivos, algunos solíamos preguntarte por qué éste dejaba de lado aspectos que tanto entonces como hoy nos parecían cruciales, tales como los relativos a la estructura de propiedad de los medios y otros temas propios de la sociología de las comunicaciones. Ante esto tu opinión era que, al menos en aquel tiempo, los usuarios llegaban a los talleres con un cúmulo de actitudes críticas genéricas ante los medios sobre las cuales no valía mucho la pena insistir, puesto que ninguno de esos datos, por verdaderos que fuesen, aportaban mucho a la gente a la hora de enfrentarse a mensajes concretos. Pero el tiempo ha pasado y el ambiente político, cultural e ideológico ya no es el mismo. Hoy, por ejemplo, resulta difícil encontrar entre los jóvenes, por panfletarias y simplistas que puedan sonarnos, prácticamente ninguna de aquellas viejas críticas hacia el sistema comunicacional vigente. Los jóvenes de nuestros días a lo sumo alcanzan a formular críticas en términos de mayor o menor aburrimiento, y los adultos apenas traspasan la recurrente frontera del exceso de sexo o violencia en la programación televisiva. Salvo por estas expresiones y también por el constante reclamo de que podrían y deberían mejorar la calidad de su programación, la verdad es que en nuestro contexto los medios parecen gozar de enorme prestigio y credibilidad. Ante esta nueva situación, los crecientes procesos de concentración y globalización mediáticos, y los cada vez más descarados esfuerzos por el control de las opiniones públicas: ¿Qué opinas acerca de la necesidad que algunos sentimos de volver a incluir en la agenda de la Lectura Crítica los problemas y aspectos inherentes a la sociología de las comunicaciones?

Creo que tienes toda la razón en tu inquietud. En primer lugar quisiera recordar un hecho si se quiere muy pragmático. Cuando empezamos a hacer Lectura Crítica en Venezuela, ya desde el principio

comprobamos que íbamos a poder trabajar muy pocas horas con cada grupo. Eso obligaba a ser selectivo y entonces, en una opción que no era fácil, a mí me pareció - y creo que tenía razón en aquel momento - que había que optar por penetrar en los mensajes y no tanto por reiterar lo que en aquel momento estaba bastante en boga acerca del poder de la oligarquía mediática. Por otra parte, ya desde las primeras experiencias, también me había llamado la atención que gente que ante esos temas parecía informada, y que en sus discursos hablaba todo el tiempo de imperialismo y dominación, lo mismo caía fácilmente víctima de la manipulación ideológica a la hora de enfrentarse a mensajes concretos. Por eso me pareció más importante darle instrumentos para autonomizarse en lo posible frente a esa manipulación, que informarle acerca de cosas que en aquel momento eran muy sabidas. De modo que había dos hechos: por un lado, lo corto del tiempo disponible, lo cual implicaba tomar opciones; y por otro, que frente a uno de esos factores había aparentemente más alerta que frente al otro. Ahora yo ya no estoy haciendo Lectura Crítica, pero los que la asuman tendrán que ver cómo incluyen esa información que, tienes razón, ahora ya no está presente; siempre, desde luego, tomando en cuenta los límites que imponen los lapsos cada vez más cortos de tiempo que existen para trabajar con los grupos.

La verdad, Mario, es que tanto frente a este asunto como ante los que más adelante trataré de exponer, subyacen dos preocupaciones. En primer lugar, el interés que tenemos en intentar introducir, con todas las limitaciones que seguramente tendrá este propósito, la Lectura Crítica y la Educación para los Medios en nuestros ambientes educativos formales. En ellos es posible que el problema del tiempo sea menos limitante que en los ambientes educativos informales. Y en segundo lugar, porque cada vez estoy más convencido de que es preciso avanzar hacia un enfoque metodológico integral que incorpore todos los factores presentes en el hecho comunicacional: emisión, recepción, mensajes y canales. Otra cosa será, desde luego, que el sistema educativo formal permita un enfoque inclusivo de esta naturaleza...

Claro, yo también creo que en el sistema educativo formal las dificultades de presentar un panorama sincerado de esta realidad son bastante grandes. Pero aparte de eso yo creo que las metodologías tendrían que ampliarse en el sentido de tomar como centro el derecho a la comunicación. Este es un concepto que nosotros íntufamos, pero al que no le dimos en aquel momento todo el peso que ahora creo debería tener. Es decir, me parece que la Lectura Crítica y el conocimiento de los medios tendrían

que estar muy centrados en crear conciencia en los usuarios acerca de sus derechos en cuanto receptores y de sus derechos como posibles emisores. Y ahí entraría, de una manera más ligada a la realidad del sujeto educando, todo el tema -entre otros posibles- de la propiedad y tenencia de los medios.

Por cierto, no sé si coincides en que el tema del derecho a la comunicación sigue siendo secundario, o sigue estando ausente en la agenda de los organismos especializados en Derechos Humanos y en el debate sobre los derechos individuales y sociales.

Exactamente. Sobre esto yo he reflexionado ante hechos muy llamativos, como la cantidad de organismos de DD.HH. y movimientos sociales que reclaman tener espacios en los medios, pero en el fondo lo que hacen es mendigarles alguna pequeña entrada, y con esto ya se contentan, en vez de plantearse una lucha de mucho mayor alcance. Más aún, co-



nozco concretamente organismos de DD.HH. que están en esa actitud y no se plantean que un derecho humano fundamental es el derecho a la comunicación. Pero volviendo al tema de la agenda y la metodología de la Lectura Crítica, lo que yo instaría a incorporar con mucha fuerza, además de lo ya planteado, es el autoanálisis del receptor en cuanto tal, de manera que a éste le sea posible empezar a tomar conciencia de su conducta como receptor.

¿Esto sería algo como una suerte de psicoanálisis de las conductas y comportamientos ante el hecho receptivo...?

Claro, mira, vuelvo de nuevo al artículo mío antes mencionado. Aunque creo que allí no mencionaba expresamente a Bourdieu y a su idea del *habitus*, yo creo que en la recepción de los medios incide fuertemente ese factor del hábito condicionado, y que ello es independiente del tipo de mensaje que se recibe. Tanto es así que, lo que he comprobado en las pocas observaciones que he podido ha-

cer, es que tanto el niño, como el joven y el adulto practican el ritual de sentarse a ver televisión no tanto porque haya un determinado programa que en ese momento les interese, sino porque esa es su hora de ver TV. Entonces hay que trabajar eso también; no conformarse solamente con los contenidos de los mensajes, sino preguntarse qué hace que tantos millones de seres humanos tengan necesidad de ver tanta cantidad de TV *per se*. No una determinada programación, sino TV en general. Porque para lograr un receptor más selectivo, más exigente, una de las cosas fundamentales es que empiece a tomar distancia frente a ese hábito adquirido.

¿Por qué piensas que el hábito del consumo televisivo se ha llegado a instalar con tanta fuerza en la gente?

Son muchos los factores que inciden. Yo en el artículo antes aludido señalé algunos. Pero lo cierto es que la TV actúa en gran medida como una especie de «valium electrónico» que calma las ansiedades y frustraciones provocadas por una ecología humana profundamente alterada. Cumple una función de terapia vicaria en lo individual y social, y esto es lo que, en mi opinión, le ha permitido la enorme penetración que tiene actualmente en todas las capas de la población.

Quisiera volver a lo que antes quisiera plantearte sobre la búsqueda de una metodología integral de Educación para los Medios. Hace algunos años señalabas, motivado tal vez también por razones de «economía pedagógica», que no valía mucho la pena incluir en el método de Lectura Crítica el análisis de los géneros informativos. Frente a la información -decías- la gente ha desarrollado ciertos mecanismos de alerta más o menos automáticos generados -supongo yo ahora- por sus actitudes y preferencias políticas. Tomando en cuenta el deterioro y el reflujo en el que se encuentran en nuestros días el pensamiento, las ideas y las actitudes críticas, y advirtiendo también que la información está recibiendo cada vez más un tratamiento espectacular, propio de géneros de entretenimiento: ¿Qué opinas ahora acerca de la necesidad que algunos constatamos de incorporar los géneros informativos al método de Lectura Crítica y, en general, a los diversos esfuerzos de Educación para los Medios?

Lo mismo que en el caso anterior, yo confirmo esta inquietud tuya. En efecto, comparto que actualmente es importante introducir el análisis de los géneros informativos. Te repito que nuestras opciones iniciales -y no sé si las actuales puedan prescindir de ese dato- estaban muy condicionadas y limitadas por el escaso tiempo de que se disponía y la necesidad de que en ese escaso tiempo se desarrollara un proceso. Tú recordarás

cómo íbamos graduando los géneros y la complejidad de los mensajes y del análisis; eso tenía un fundamento pedagógico y metodológico que me parecía válido y que hacía difícil la introducción sistemática de otros elementos. Confiábamos más bien en que a partir de allí -y esto es lo que me parece importante- el sujeto educando adquiriese instrumentos que después le sirvieran para analizar cualquier otro mensaje. Porque nunca íbamos a poder abarcar todos los géneros.

En la misma línea, quisiera preguntarte acerca de la importancia que hoy en día le atribuyes al análisis de la gramática y los recursos simbólicos formales de los medios, a los que años atrás sólo les atribuíamos peso e importancia en la medida que reforzaran el análisis del contenido ideológico del mensaje textual. Solíamos estar de acuerdo en que ellos en sí mismos no contribuían demasiado a la formación de una actitud crítica. Sin embargo, aportes recientes de, por ejemplo, algunos autores europeos, concretamente españoles, muestran aristas interesantes acerca de la posibilidad de emplear ventajosamente el análisis formal en la educación del sentido crítico. ¿Qué opinas al respecto?

Sigo sin estar muy convencido de eso, siempre desde una filosofía de la pragmática de las opciones. Si estuviéramos pensando en una formación por así decir, enciclopédica, todo eso podría entrar. Pero cuando hay que optar, creo que es mejor hacerlo por lo más relevante. Sobre esto haría algunos otros señalamientos. En primer lugar, una expresión que es muy cara justamente a

autores europeos, y muy repetida en América Latina, habla de que hay que «alfabetizar» para la imagen. Aquí ya tengo algún distanciamiento con estos enfoques. Yo creo que actualmente la población, si se entiende «alfabetizar» en el sentido de una analogía literal, está harta alfabetizada. Un niño de nuestros días sabe captar el lenguaje de la imagen mejor que muchos adultos críticos. En segundo lugar, no sé a qué experiencias europeas habrás tenido acceso tú, pero algunas que yo he visto aplicadas en América Latina han terminado de convencerme de que ése no es el camino. Porque he leído informes de experiencias, algunas incluso de Venezuela, que insisten en el conocimiento de los planos, de los ángulos y de los efectos, lo cual no me parece que aporte ninguna capacidad crítica a los sujetos educandos. La capacidad crítica se adquiere aprendiendo a analizar significados y no solamente signos. Y esto no se logra dotando a los usuarios de instrumentos de análisis técnico del lenguaje audiovisual. Aunque sin duda siempre hay algo de esto que de hecho hacíamos, porque a través de un plano, por ejemplo, se puede descubrir un mensaje ideológico. Pero no es así como se está haciendo ese tipo de educación. Para poner una analogía cito el caso de Angel Rosenblat, un filólogo académico muy conocido en Venezuela, quien pasó toda su vida sosteniendo que aprendiendo gramática no se aprende a expresarse. Aquí pasa algo parecido: aprender la gramática de los medios no basta para analizar su contenido y su significado.

Un aspecto concreto sobre el cual pocos advierten consecuencias problemáticas inmediatas en nuestro contexto latinoamericano es el de las nuevas tecnologías electrónicas del entretenimiento individual, cada vez más de moda y cada vez más asequibles debido a su producción y comercialización masivas. Algunos piensan que por ahora, y tal vez por algún tiempo, este es un problema educomunicativo que atañe más bien a las sociedades desarrolladas del norte del planeta. ¿Qué opinas al respecto?

No, todo lo contrario. Con respecto a los juegos electrónicos, yo creo que es urgentísimo que comencemos a analizarlos en profundidad y que los incorporemos a todo análisis de los medios. El hecho de que no sean medios masivos no les quita una fundamental importancia. Tienen una clarísima configuración ideológica; muy penetrante justamente porque moviliza conductas, y porque lo hace de forma activa. Pero lo que más me preocupa de ellos es su carácter solitario. Lo que estoy viendo en la sociedad actual como un factor sumamente negativo es una tendencia a la reclusión solitaria, y este tipo de juegos responden precisamente a esa tendencia reforzando la

conducta de encierro solitario. Esto me preocupa mucho más allá incluso de los contenidos de los juegos los cuales, por cierto, son además muy dignos de ser analizados y tomados en cuenta. Muchos de ellos son salvajemente fascistas. La filosofía de eliminar al adversario es básica en todos ellos. Pero además de eso implican, repito, un refuerzo de las actitudes solitarias. Y aunque creo que no se puede hablar de valores por el solo hecho de que la gente se reúna, y que no es automático que una reunión implique solidaridad, con todo una reunión física de personas constituye un campo un poco más propicio para la creación de relaciones comunicacionales solidarias. La tendencia actual a la soledad es un dato que encuentra clara expresión en estos juegos, así como también la encuentra en el desarrollo de la educación a distancia y programada.

INVESTIGACIÓN Y ESCUELAS EN AMÉRICA LATINA

Pasando a otro tema, tras varios años de receso, próximamente tendrá lugar en nuestro país un nuevo congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC). Se espera que esta oportunidad sea propicia para realizar el necesario balance que muchos consideran requieren las prácticas de investigación de las comunicaciones en nuestro continente luego de haberse cumplido en años recientes, por poner un hito, los 35 años de la aparición de aquel fundamental aporte pionero de Antonio Pasquali titulado *Comunicación y Cultura de Masas*. Tú que también has sido pionero y protagonista de este proceso: ¿Cómo evalúas la investigación comunicacional latinoamericana de los últimos 30 ó 35 años? ¿Cuáles crees son sus logros y carencias fundamentales?

Antes de responder a esta pregunta, quisiera expresar mi complacencia por el recuerdo que haces al libro de Antonio Pasquali. Hay libros que pasados los años se desactualizan y otros que pasados los años se confirman y valoran más. En el caso del libro de Pasquali, hay algo muy importante que es su aporte visionario en cuanto a la concepción de la comunicación como diálogo, como interlocución, que creo que no llegó a percibirse en aquel momento como algo esencial, y que sin embargo luego comenzó a ser visto como fundamental. Pero, aparte de eso, la verdad es que su diagnóstico de la comunicación masiva en América Latina no sólo se ha visto dramáticamente confirmado, sino además largamente sobrepasado por la realidad actual. Un solo ejemplo: hace poco estuvo en Montevideo Carlos Monsivais, el investigador mexicano tan citado por las corrientes hoy en auge y



quien además es reconocido como uno de los que aportó a la construcción de los llamados nuevos paradigmas. Allí fue entrevistado por un periodista de un medio local, ante el cual, sorprendentemente, denunció la nueva alianza entre Televisa, la Red Globo y ¡Rupert Murdoch! para explotar la televisión satelital. Seguidamente el entrevistado se declaró impotente para contribuir a rescatar los valores de la cultura alternativa frente a los crecientes fenómenos de monopolización y corporativización que se están dando en la comunicaciones masivas nacionales, subregionales y mundiales. Creo que aquí puede verse con claridad que aquello a lo que apuntaba la obra pionera de Pasquali lamentablemente se ve cada vez más reforzado en nuestros días: la concentración del poder comunicacional en cada vez menos manos. En Uruguay, mi país, los medios de comunicación son prácticamente un monopolio de tres familias. Y ahora que el gobierno licitó la adjudicación de licencias para la explotación de la TV por cable, una vez más se las otorgó a esas mismas tres familias; esto a pesar de que la TV por cable no tendría por qué ser licitada puesto que en este sistema no hay el problema de la limitación de frecuencias. Con esto se cerró finalmente el círculo de la concentración. Al mismo tiempo, por esos días intentaron salir al aire en Uruguay unas pocas pequeñas emisoras de radio comunitarias de corto alcance, las cuales fueron inmediatamente allanadas y clausuradas por el gobierno bajo la presión de los oligopolios antes nombrados. Esto para ilustrar hasta qué punto sigue creciendo la situación de concentración de la propiedad de los medios y las comunicaciones.

El haber puesto en evidencia estas cosas es uno de los evidentes logros de la investigación comunicacional latinoamericana... Pero: ¿Cuáles otros aciertos e insuficiencias fundamentales constatas?

Yo pienso que pretender dar respuesta a esta pregunta en términos exhaustivos y taxativos sería de mi parte un acto arrogante y temerario, máxime dentro del espacio que permite una entrevista. Por otra parte, no me considero pionero ni protagonista como tú lo señalas en tu pregunta, sino apenas un modesto testigo. Dentro de estas limitaciones voy a tratar de responder desde mi punto de vista. Hace algún tiempo, en un estudio que realicé para la UNESCO, hice una revisión de la historia de la investigación en comunicación en América Latina. Se me hizo evidente por entonces la importancia de revisar esa historia porque los actuales estudiantes y jóvenes investigadores poco conocen de ese desarrollo. Muy esquemáticamente comprobé, en primer lugar, que como suele suceder en las ciencias sociales, la investigación de la comunicación en América Latina se ha ido desarrollando por

movimientos pendulares. Una etapa se comprende cuando se ve a cuál vino a responder la otra. Siempre ha habido un enfrentamiento, un movimiento de afirmación-negación. En este sentido yo creo que podemos distinguir tres etapas. La primera fue la funcionalista, la visión por así decir ingenua, la cual encuentra gran apoyo en las ideas de McLuhan. En respuesta y reacción a esta corriente surge entre nosotros la corriente crítica, la cual hace grandes aportes que hasta hoy siguen en gran medida vigentes. Uno de los ejes de esta última ha sido la relación medios de comunicación-poder. Se devela entonces la estructura de los medios, el entramado político y económico en el que éstos están insertos y la realidad en cuanto su propiedad y la tenencia. Se desmitifica a los medios como supuestos voceros objetivos de la sociedad. Y al mismo tiempo, con respecto a los mensajes, se hace su lectura connotativa; es decir, lo que en aquel momento llamamos lectura crítica o ideológica. Con todo ello se reafirma también un compromiso de transformación del sistema comunicacional vigente. Esta me parece es una de las características que siempre hay que relevar en esa corriente: que no se limitó a describir una situación sino que se proponía transformarla. Sin embargo, con todo lo que aportó y creo que aún sigue aportando, tenía un gran vacío, una gran ausencia: su prescindencia y su desconocimiento del receptor. No se planteó y no logró dar respuesta a la pregunta de en qué basaban los medios su innegable poder de convocatoria. Incluso, cuando uno revisa y relee aquellos textos aparecen expresiones como «hipnósis», «anestesia», «droga»; en uno de ellos se llega a decir literalmente que los televidentes son «dopados». Es decir, todo el esfuerzo se concentró en el polo emisor y no se indagó en el polo receptor. Creo incluso que ésa fue una de las causas por las cuales las propuestas y proyectos de transformación de los medios que se planteó la corriente crítica no lograron penetrar en la sociedad. Porque esta corriente ciertamente no fue capaz de dialogar con el público receptor. Todo esto explica en buena parte el fracaso de los abortados intentos de reformar y democratizar el sistema mediático, a lo cual se agregó la carencia de propuestas alternativas y sustitutivas concretas ante la programación existente.

Es decir, de algún modo se llegó a pensar que sólo una revolución podía cambiar la situación existente en materia comunicacional...

Bueno, un caso muy sugerente es el de Perú. Cuando la revolución de Velasco Alvarado nacionaliza los medios, ese sector tan brillante, agudo y penetrante que era la intelectualidad peruana, reconocida en el continente por su capacidad de análisis crítico, no supo qué proponer para lograr una televisión diferente. Otro tanto ocurrió en Chile durante el gobierno de la Unidad

Popular... Pero permíteme completar mi visión sobre los hitos de la investigación de la comunicación en América Latina. Hasta aquí sería el análisis de la segunda etapa, correspondiente a la corriente crítica. Posteriormente, y como reacción a esta última, surge otra que yo he denominado corriente revalorativa, porque por una parte revaloriza al receptor en cuanto sujeto que participa en el proceso y porque, por esa misma vía, termina revalorizando a los medios mismos, a los que supone respondiendo a las expectativas y necesidades de los usuarios. Esta corriente ha hecho aportes innegables que nos desafiaron y que significaron una gran remezón para los analistas críticos, porque sin duda nos obligó a abrir el foco de nuestra atención y a buscar nuevas interpretaciones al fenómeno mediático. Pero como toda reacción, así como la anterior dejó de lado al polo receptor, ésta a mi entender deja de lado al polo emisor. Y por esa vía ignora el problema central, que es el problema del poder. Así, lo que comienza intentando explicar, es decir, el fenómeno de la innegable atracción que generan los medios, termina siendo una operación de legitimación de un sistema comunicacional radicalmente antidemocrático. Una autora argentina, Beatriz Sarlo, denomina a esta corriente con una expresión dura pero que me parece tiene algún fundamento: neopopulismo de mercado. Entre los jóvenes investigadores críticos de las comunicaciones, cuya existencia celebró porque significa la continuidad renovada del enfoque crítico, se encuentra una autora brasileña que acertadamente señala que esta corriente revalorativa viene en realidad a negar la existencia de las clases sociales, cuyas diferencias supone abolidas a partir de la cultura de masas. Esto ella lo ve



claramente presente en esos nuevos paradigmas de las mediaciones y las matrices culturales.

¿Hasta dónde estas nuevas corrientes responden realmente a problemas que surgen de la realidad comunicacional y cultural de nuestro continente o hasta dónde responden más bien a motivaciones y asuntos de otras latitudes? ¿Serán acaso éstas, como en tantas otras situaciones de las ciencias sociales latinoamericanas, simples modas que se asumen para pretender actualidad universal?

Bueno, habría que hacer un análisis muy detallado, pero es cierto que han acusado fuertes tendencias de corrientes predecesoras surgidas en otros contextos. Llama la atención, por ejemplo, comprobar como muchos de estos conceptos y paradigmas mediacionales que se nos propusieron como originales, en reali-



dad ya eran manejados por autores estadounidenses desde mucho tiempo atrás. Cuando uno revisa la bibliografía norteamericana, encuentra cosas que hace 15 ó 20 años ya habían sido planteadas en los Estados Unidos, especialmente por autores que precisamente buscaban la legitimación de su propio sistema.

En este mismo sentido, tomando en cuenta los nuevos ambientes económicos, políticos, culturales y mediáticos de marcada influencia neoliberal, postmoderna y globalizadora en los que se debate el mundo y en particular nuestra subregión: ¿Cuáles te parecen que deben ser las prioridades investigativas de América Latina en el presente y en el futuro inmediato?

Me parece que mi respuesta anterior algo sugiere con respecto a esta nueva pregunta que me haces. Lo que yo siento es la necesidad de un proceso dialéctico; es decir, llegar a una nueva síntesis que

articule los dos polos: el del emisor y el del receptor. Una corriente neocrítica que, a diferencia de esa última que veíamos, explique sin legitimar... Yo creo que para conformar esta nueva corriente es imprescindible conocer y comprender al usuario, porque sólo comprendiéndolo es posible concebir propuestas de democratización del sistema mediático que cuenten con su apoyo y participación activa. Esta síntesis necesita recontextualizarse; esto significa, en primer lugar, replantear el problema del poder y ubicarnos en la realidad no sólo con respecto a los medios, sino frente a toda la situación que atraviesa la sociedad latinoamericana, la cual está marcada, como ya lo dije anteriormente, por la exclusión de las grandes mayorías, por el ahondamiento de la línea de pobreza crítica, por problemas tan graves como el del desempleo, y por el severo deterioro de los sistemas públicos de educación y salud. Me inquieta pensar que las investigaciones de la comunicación se hayan hecho tan prescindentes de este contexto global; no se lo plantean, lo obvian y algunas, como hemos visto, llegan incluso a negarlo. Quisiera compartir la perplejidad que me produjo haber asistido recientemente a un seminario donde se estaba planteando el aporte de los medios al fortalecimiento de la democracia y la ciudadanía. En este evento no hubo un solo espacio para el diagnóstico de la realidad socioeconómica de nuestra subregión, la cual, según la mayoría de los analistas, está evidentemente socavando y erosionando la posibilidad de un futuro democrático en el continente. En este sentido, me parece que una nueva corriente como la que planteo tendría que recuperar el compromiso con los desposeídos, plantearse qué rol están jugando los grandes medios masivos como aliados de un sistema radicalmente inequitativo e injusto. En síntesis, retomar su misión no de simple descriptora de la realidad, sino de transformación de esa realidad. Otra necesidad que observo en la investigación actual es que debe esforzarse por encontrar su proyección social. Los investigadores de la comunicación no hemos sabido incorporar los aportes de la investigación-acción, de la investigación participativa. Yo recuerdo que en la década del 70 esto era un gran vacío que tanto Armand y Michèle Mattelart como Héctor Smuckler solían constatar. Tratando de responder a esa carencia, tuvimos por aquellos años una reunión en Montevideo, de la cual nació aquel libro tan criticable y controvertible llamado *Para leer al Pato Donald*. Más allá de que ese libro era ciertamente un panfleto político, lo cierto es que nació de la necesidad que sentíamos de extender y difundir entre los grandes públicos los productos de la investigación. Por-

que me parece que ahora estamos cayendo en una especie de *ghetto* científico que nos impide penetrar en el conjunto de la sociedad. En este sentido me parece que una tarea central que en este momento nos toca asumir a los comunicadores es generar conciencia acerca del derecho a la comunicación como un derecho humano fundamental.

Una de las preocupaciones permanentes de la revista *Comunicación* ha sido el tema de la formación de los profesionales de la comunicación social. En este sentido constatamos con cierta angustia la progresiva difusión, en muchas escuelas y facultades latinoamericanas, de una tendencia que desestima la importancia -sobre la que otrora parecía haber bastante unanimidad- de formar profesionales autónomos, dotados de competencias investigativas y de herramientas de análisis crítico de la realidad social. Asociada al sistemático descrédito a que actualmente son sometidas estas orientaciones formativas, se verifica la imposición simultánea de un conjunto de propuestas sustitutivas que enfatizan en la capacitación tecnológica y en la conformación de un perfil profesional al servicio de la mentalidad corporativa. Tú que, al revés de la mayoría de los académicos de carrera, accediste a la docencia universitaria luego de toda una vida dedicada a un ejercicio profesional centrado en la producción y la enseñanza de una comunicación popular y educativa: ¿Cómo analizas la situación que atraviesa actualmente la formación de los profesionales de la comunicación en el continente?

Mira, mi primera reacción no va directamente al contenido de tu pregunta, pero yo quisiera comenzar por allí. Es cierto que en América Latina siempre se ha dicho que existen dos tendencias básicas en la formación de los comunicadores. Una fundamentalmente teórica, investigativa y crítica, y otra profesionalista. Pero lo primero que yo quisiera decir es que en mi opinión ninguna de las dos ha cumplido en debida forma con su más obvia función, que es la de formar comunicadores. Ni una ni otra ha logrado hacerlo, en el sentido de que un comunicador debe ser ante todo capaz de comunicar, independientemente de cuál sea el punto de partida teórico de arranque. Esto tiene una dramática confirmación cuando vemos cómo se están desempeñando los egresados en los medios de comunicación y las grandes carencias que presentan en desempeño de su función de comunicadores. Prescindiendo de cualquier categoría ideológica o ética, basta con leer la prensa, o ver cómo se desenvuelven en los demás medios de América Latina, para darse cuenta de las

deficiencias que arrastran los comunicadores: en general, no son buenos comunicadores. La primera y fundamental misión de las Escuelas de Comunicación es formar profesionales con competencias comunicativas. Y esto no lo han asumido; están fracasando en eso que sería lo elemental que pudiéramos pedirles. Quiero decir con todo esto que a fuerza de querer resaltar las ciencias de la comunicación, olvidaron el arte de la comunicación. Y una tarea modesta, pedagógica y elemental como la que señalo no fue ni es debidamente atendida. Ahora bien, en otro plano, yendo a lo que tu pregunta sugiere, pienso que una función irrenunciable de la universidad como tal es formar para que los profesionales sean agentes de transformación de la sociedad. Y que, más que nunca, se requiere formar comunicadores con una visión no sólo crítica, sino radicalmente ética, sin la cual toda la universidad pierde su esencia y su razón de ser. Otro déficit que encuentro en la formación de los comunicadores en América Latina es que está asentada en un cierto equívoco o malentendido, que es el de creer que la comunicación sólo tiene que ver con los medios, en vez de asumir una formación para la comunicación; para comprender la comunicación, y no sólo en función de los medios. Creo que esto ha tenido muy graves consecuencias para la formación de los comunicadores. Y ya para terminar, en el plano de mis preocupaciones más personales, creo que otro déficit es el que te expresé en una de mis respuestas anteriores: la ausencia de propuestas de formación de comunicadores educativos.

CON VENEZUELA EN EL CORAZÓN...

Ya para cerrar, quisiera plantearte lo siguiente. Para los que tuvimos la oportunidad de aprender de tí y compartir contigo valiosas experiencias, procesos e ideas durante tu permanencia en Venezuela, es hasta cierto punto fácil señalar los aportes que reconocemos hiciste a nuestros procesos colectivos y nuestras personas. Muchos de ellos siguen ahí, vigentes, creciendo, cambiando y enriqueciéndose. Pero sabemos que tú siempre has defendido y practicado la idea de que el aprendizaje es un proceso que, aunque personal, se produce esencialmente en contextos colectivos y a través de procesos de comunicación dialógicos. Tomando en cuenta la siempre vigente necesidad que tenemos como pueblo de afirmarnos en nuestras potencialidades y de reforzar los aspectos positivos de nuestra identidad; y considerando asimismo la importancia que tiene el identificar carencias y debilidades sobre las cuales planteamos cambios que nos per-

mitan mejorar, no quisiera dejar de sondearte acerca del significado que tuvo para tí y para Ana su estadía entre nosotros: ¿Qué aprendieron de nosotros y acerca de nosotros? ¿Qué de nosotros motivó cambios en ustedes y qué aspectos de nuestra personalidad colectiva como pueblo les parece que deberíamos revisar?

Me gusta mucho esta pregunta porque me permite expresar lo significativa e importante que fue para nosotros esa etapa de nuestra vida en Venezuela. Aprendimos muchísimas cosas que ahora mismo resultan difíciles de precisar en detalle. Yo diría que uno de los principales aprendizajes fue poder acercarnos a una actitud vital diferente, menos dramática y nostálgica que la de nuestra cultura sureña de origen. El pueblo venezolano tiene otra actitud ante la vida, mucho más alegre y afectiva, y otra manera de entender y practicar las relaciones humanas que aprendimos a apreciar y valorar enormemente. Tanto para Ana como para mí los años de Venezuela fueron extraordinariamente ricos y formativos. Un valor que yo viví en Venezuela fue el de la apertura, el de la disposición al diálogo y al intercambio en una medida mucho mayor que la que se encuentra en otras sociedades latinoamericanas. Otro de los valores del venezolano es su riqueza de lenguajes, no solamente de lenguaje verbal -que de hecho es extraordinariamente gráfico y sabroso- sino también de otros como la música y la danza. También hay que mencionar la gran capacidad que tiene para las dimensiones afectivas de la comunicación. Todas éstas fueron, entre otras, algunas de las cosas que nos enriquecieron mucho aquí. Por ello, y por la fraternal solidaridad con que nos acogieron, siempre llevamos a Venezuela en nuestro corazón...

En lo que te hayan permitido percibir estos cortos días en los que les hemos podido tener nuevamente entre nosotros: ¿Qué cambios observas entre la Venezuela de 1984 y la de 1996?

Claro. Este es un momento muy coyuntural, un momento en el que es muy difícil hacer interpretaciones definitivas, porque llegamos en un momento en el que el país está sufriendo un brusco, fuerte y prolongado proceso de ajuste fiscal, con todas las consecuencias que eso trae. En el caso de Venezuela esto ha ocurrido además de una manera muy acelerada y violenta. Eso me parece que ha creado cierta depresión y desesperanza. Sin embargo, encuentro la sociedad venezolana mucho más dinámica que otras; concretamente, me parece que aquí se mueven muchas más cosas que en el sur. Entre nosotros los ajustes han generado lo que en Uruguay llamamos «el

bajón»; pero un bajón que lleva al repliegue, a que cada uno se encierre en su casa a hacer una vida puramente individual, y a que todas las dimensiones del intercambio y la comunicación se encuentren en franco retroceso. Aquí esto yo no lo percibo de la misma manera. Claro que también noto y deploro, pero esto no es una característica únicamente venezolana sino de toda América Latina, la ausencia de un proyecto alternativo frente al modelo neoliberal imperante en todo el continente. Aquí y en todas partes se nota además un repliegue social y organizativo, así como una crisis institucional preocupante.

Finalmente Mario, ¿qué planes de trabajo tienes en agenda? ¿Hacia qué temas orientas tu atención y preocupaciones para el futuro inmediato?

No sé si esto interese mucho al lector, pero creo que algo ha quedado ya



sugerido. Mis dos temas en este momento son, por un lado, profundizar cada vez más en la investigación y el conocimiento del receptor, así como en el diseño de instrumentos para dialogar con él. Y, por otro lado, continuar profundizando en las relaciones entre la comunicación y la educación lo cual, como ya lo señalé anteriormente, no implica para nada negar la concepción sobre la Comunicación Popular, sino en todo caso ampliar el marco en el que ella se inscribe.

Caracas, 19 de agosto, 1996

© Centro Guarura / Revista Comunicación
*Educador y trabajador social especializado en programas de comunicación comunitaria, educación para los medios y cultura popular. Coordinador General del Centro Guarura de Caracas.